

China se avecina. La re-evolución de una potencia emergente

■ Sergio Cesarín, Buenos Aires, Capital Intelectual, Colección Claves para todos, 2006

Sergio Cesarín, reputado sinólogo argentino, ha publicado un libro de divulgación que hacía falta: en una obra breve y bien escrita, sintetiza de manera lograda –clara, ordenada y precisa– los rasgos centrales del surgimiento contemporáneo de China como un actor económico, político y cultural de primera magnitud.

Cesarín caracteriza la transformación de China como «el acontecimiento central del recién iniciado siglo XXI» (p. 11). Enfoca este vasto proceso indagando acerca de sus diversas dimensiones sin aventurar predicciones demasiado riesgosas, ya que se trata de «una larga transición cuyo fin nadie puede predecir» (p. 19), pero al mismo tiempo aporta abundantes antecedentes descriptivos y lúcidas interpretaciones de variadas facetas del proceso chino.

Inevitablemente, este proceso impacta a América Latina, ya que el rápido desarrollo de la economía china –su aparentemente insaciable demanda de materias primas, así como su dinamismo exportador– convierte en pocos años al gran país asiático en uno de los principales socios comerciales de nuestra región. Un hecho nuevo que recién comenzamos a asimilar, y cuyas proyecciones futuras aún no están claras para los actores públicos y privados.

La síntesis histórica que ofrece la obra abarca un período reducido (desde los años anteriores a la caída de la última dinastía, Qing, y el fallido intento republicano que le siguió), lo que cabe atribuir más a la breve extensión del

libro que a una falta de perspectiva. En efecto, el lector no ignora que se está escribiendo acerca del sistema político más antiguo del mundo en actual funcionamiento, y que las enseñanzas de la tradición confuciana han regresado con fuerza en el período post-maoísta.

El viraje, al mismo tiempo brusco y pragmático, que vuelve las espaldas al seudo igualitarismo de Mao, dando lugar al histórico proceso de reformas conducido por Deng Xiao Ping, es certeramente interpretado en su motivación defensiva y su carácter al menos parcialmente imitativo. En efecto, la percepción de atraso de Deng y su círculo frente al despegue económico del Este de Asia, así como la fuerza inspiradora de otras experiencias asiáticas como la de Singapur en la era de Lee Kuan Yew, fueron factores claves en la generación de la gran apuesta de Deng: reformar la economía introduciendo elementos de mercado, reteniendo al mismo tiempo el control político por el Partido Comunista.

El cambio político en este período ha consistido tan solo en cierto grado de competencia político electoral en el nivel local, mientras en la alta esfera nacional ha tenido lugar «una transición política desde un modelo de liderazgo unipersonal de los grandes prohombres (Mao y Deng) hacia un sistema colegiado de gobierno» (p. 56). Dicho sistema se caracteriza hoy por las luchas faccionales en tono a la sucesión programada y relativamente institucionalizada de los máximos líderes, lo que ha mantenido la estabilidad político-gubernamental. De este modo, el viejo modelo totalitario ya no describe adecuadamente el sistema, mientras el «autoritarismo desarrollista» de Jiang Zemin y Hu Jintao se apoya básicamente en los éxitos económicos de éste. Obviamente, si se tiene en consideración el impacto social y cultural de las vastas transformaciones económicas, se abren grandes interrogantes acerca del desenlace futuro de la apuesta de Deng. Después de todo, el mundo chino no es inmune al «contagio» con las ideas democráticas (véase los casos de Taiwan y Hong Kong) y, si bien la disidencia china es débil y está desorganizada, la disonancia entre las reformas económicas y el sistema político se hace más manifiesta a medida que el país y la región avan-

zan. Las apelaciones al nacionalismo y al particularismo cultural confuciano pueden encubrir temporalmente esta situación, pero no eliminarla. Cesarín enumera entre los actores potencialmente contestatarios a estudiantes, académicos y migrantes rurales en situación precaria en las ciudades. En la clase media hay mucho apoyo al régimen de parte de quienes se han sentido beneficiados por el mayor bienestar, pero también surgen distanciamientos del régimen entre los que perciben la corrupción y el vacío ideológico de este. El autor también especula (p. 63) si los militares mejor educados que generaciones anteriores son instrumentos potenciales de represión 100% confiables. Con todo, la conjetura de Cesarín en el sentido de que el XVII Congreso del PCCh (2007) podría abrir paso a «radicales reformas políticas» (p. 67) nos parece un tanto prematura.

Sin duda, el gran debate internacional sobre China se concentra hoy principalmente en los temas económicos. Los impresionantes datos acerca del crecimiento económico son de sobra conocidos. Los efectos de la irrupción de China como gran potencia comercial se manifiestan con fuerza tanto en Asia como en el resto del mundo. La percepción de amenaza de China como un competidor imbatible se esgrime por los adversarios de Beijing en países como Estados Unidos, en una forma que recuerda el debate sobre Japón en los años ochenta. El hecho de que entre 1993 y 2005 las exportaciones chinas aumentaran un 730% (de 91.744 de dólares a 762.000 millones de dólares) mientras las importaciones chinas «sólo» se elevaran un 535% (de 103.959 dólares a 660.120 millones de dólares) contribuye a generar desconfianza y da lugar a acusaciones diversas, entre ellas la de manipulación del valor del yuan, moneda que estaría artificialmente subvaluada. Esto contribuiría a generar cuantiosos y crecientes (p. 71) superávits comerciales. La consiguiente acumulación de divisas origina la necesidad de un «reciclaje» de fondos, pero cuando los chinos se interesan en comprar empresas occidentales (como la petrolera Unocal en Estados Unidos) se percibe nuevamente una «amenaza». El que los consumidores de Estados Unidos se ven beneficiados por los bajos pre-

cios de los productos importados de China, que su nivel de gasto sigue siendo muy alto, y que si ahorraran más el déficit comercial de Estados Unidos disminuiría, no se menciona tan frecuentemente.

Necesariamente, un proceso de cambio tan intenso como el que experimenta China plantea importantes desafíos e interrogantes. Cesarín no pretende minimizar ni ignorar estos aspectos, si bien en el libro no hay un capítulo destinado a ellos salvo (en parte) el capítulo 7, «El equilibrio». Primero, el marco legal ha demostrado su debilidad e insuficiencia para regular la conducta de agentes públicos y privados. El desafío es formidable, ya que construir un Estado de derecho bajo un sistema autoritario es extraordinariamente difícil. Segundo, el viejo problema de la corrupción se vuelve especialmente amenazante en una sociedad que ha abandonado criterios colectivistas de cohesión, sin que logre definir nuevas fuentes de legitimidad de las conductas en un entorno adquisitivo, crecientemente individualista. Tercero, el desarrollo de miles de nuevas industrias, el crecimiento inorgánico de las ciudades y la acelerada construcción de obras de infraestructura tiene altísimos costos ambientales. Junto con todo lo anterior, las desigualdades socioeconómicas se acentúan cada vez más: el proceso tiene ganadores y perdedores y genera tensiones sociales que encierran un riesgo de futura inestabilidad política.

En el capítulo 6, «La sombra del dragón», el autor presenta una excelente síntesis de la notable ampliación de los intereses internacionales de China, que cierra con un llamado a que América Latina se coordine e integre frente a una China que «golpea cada vez más fuerte las puertas de la región» (p. 119) Sería deseable que América Latina pudiera organizarse para este y otros retos, pero la probabilidad de una evolución en esta línea no parece ser significativa.

Hacia el futuro, China podría capitalizar sus éxitos prosiguiendo en la senda del llamado «surgimiento pacífico». No obstante, en un sistema internacional tensionado por diversos ejes de conflicto económico, estratégico y cultural, no parece muy probable que el mundo esté listo para

acomodar, sin mayores consecuencias, la presencia de un nuevo y gran actor central. Lo único que Cesarín descarta de manera tajante es un regreso al maoísmo «a la antigua». Concordamos plenamente con esa opinión. Parece más plausible una apelación al nacionalismo, pero considerando las reacciones que una postura de este tipo generaría en Asia, en Occidente y en menor medida en el resto del mundo, siguen siendo poderosos los incentivos para que los dirigentes chinos se comporten de manera cautelosa y pragmática.

Manfred Wilhelmy von W.